

Estructuralismo y teoría de la dependencia en el periodo neoliberal

Una perspectiva latinoamericana

Cristóbal Kay

Cristóbal Kay: economista y sociólogo; profesor investigador del Instituto de Estudios Sociales (ISS), La Haya; autor de varias publicaciones sobre teorías del desarrollo y subdesarrollo, y sobre la problemática rural latinoamericana.

Nota: Este artículo es una continuación de las reflexiones que empecé a hacer en «Teorías latinoamericanas del desarrollo» en *Nueva Sociedad* N° 113, 1991. Ha sido escrito en parte con R. Gwynne y hemos editado conjuntamente *Latin America Transformed: Globalisation and Modernity*, Arnold-Oxford University Press, Nueva York y Londres, 1999.

Palabras clave: modelos económicos, desarrollo, dependencia, América Latina.

Resumen:

A medida que se reestructuran y transforman radicalmente las economías nacionales y se crean nuevas formas de organización social, se está construyendo una nueva economía política en América Latina. Las economías y sociedades de la región reaccionan ante estos cambios y se están reconectando con las exigencias de un mundo cada vez más competitivo e interdependiente. Tales cambios se están produciendo en un contexto de gobernabilidad democrática, lo que abre posibilidades de desafiar el nuevo paradigma neoliberal. En este artículo se argumenta que el estructuralismo y la teoría de la dependencia pueden desempeñar un papel provechoso en este proceso de cuestionamiento y construcción de un paradigma de desarrollo alternativo con respecto al dominio actual del esquema neoliberal.

Desde la crisis de la deuda a principios de los 80, América Latina ha experimentado una serie de transformaciones radicales de índole económica, política, social y cultural. Este fenómeno puede denominarse «cambio de paradigma» por el gran alcance que ha tenido la transformación ideológica, sobre todo entre los gobiernos y sus asesores¹. Se puede afirmar que el

paradigma anterior duró desde comienzos de los 30 hasta mediados de los 80, y que de manera similar se desarrolló como respuesta a una crisis económica. Se caracterizó por una mayor participación del Estado en el manejo de la economía y por el intento de reducir los vínculos con la cada vez más amplia economía mundial y promover la industrialización. Este paradigma hizo que se multiplicaran masivamente diversas teorías estructuralistas y de dependencia, con la intención de interpretar sucesos que ya habían ocurrido.

Las políticas neoliberales aplicadas en casi toda América Latina durante la última o las dos últimas décadas, marcaron el inicio de una nueva era de desarrollo; podría aludirse a esta fase como de globalización, posterior a otra de sustitución de importaciones. Este ciclo no era en absoluto inevitable, dado que es resultado de encarnizadas luchas entre diferentes fuerzas sociales del sistema mundial en general, y en el seno de América Latina en particular. Esta globalización revela la derrota del proyecto socialista y el triunfo del capitalismo. Aunque el neoliberalismo puede anotarse algunos éxitos, especialmente en lo que respecta a su capacidad para consolidarse como fuerza ideológica dominante entre los formuladores de políticas, hasta ahora ha demostrado ser incapaz de resolver los problemas endémicos de vulnerabilidad ante fuerzas externas, exclusión social y pobreza que tiene América Latina –agravando más bien algunos de ellos.

Dada la crisis del socialismo y el fracaso neoliberal respecto de lo social, es menester un paradigma alternativo de desarrollo que pueda atacar los problemas citados. Aunque no me propongo desarrollar esto aquí, creo que tal alternativa debe basarse en la contribución latinoamericana a la teoría del desarrollo, a saber, esencialmente la teoría de la dependencia y el estructuralismo.

La teoría estructuralista de América Latina, denominada a veces también el paradigma centro-periferia, fue concebida en lo fundamental por los funcionarios de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (Cenual)² durante las décadas del 50 y 60 bajo el inspirado liderazgo de Raúl Prebisch. Entre tanto, los teóricos de la dependencia estaban ampliamente distribuidos en una variada gama de instituciones de toda la región. No obstante, la corriente estructuralista dentro de la teoría de la dependencia evolucionó en gran medida en el seno de la Cepal y su institución hermana, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (Ilpes), aunque algunos de los pensadores neomarxistas claves estuvieran trabajando en una época en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile³.

Las teorías del estructuralismo y de la dependencia surgieron a raíz de una crítica a los paradigmas sobre el desarrollo existentes, cuyos defectos, según estos autores, era imposible ocultar, menos aún con los problemas de

subdesarrollo y desarrollo que enfrentaba América Latina. Aunque el estructuralismo estaba a favor de una política de desarrollo hacia adentro, basada en gran medida en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), la teoría de la dependencia propuso un nuevo orden económico internacional –al tiempo que una de sus tendencias planteaba una transición hacia el socialismo como medio para salir del subdesarrollo. El propósito de este artículo no es revisar esas teorías –son muchos los escritos que ya lo han hecho⁴–, aunque sí explorar brevemente su pertinencia contemporánea a los efectos de desarrollar una alternativa para el paradigma neoliberal existente⁵. Pese a que las teorías de la dependencia y estructuralista tienen muchas imperfecciones –que no se analizan aquí (v. Kay 1989, entre otros)–, su pertinencia contemporánea se ha visto empañada por el conocimiento inadecuado de ellas y por la crítica a menudo fuera de lugar que se les ha hecho, sobre todo en el mundo anglosajón⁶.

El estructuralismo podría hacer un aporte de ideas más pertinentes a los efectos de reflexionar acerca de las estrategias alternas de desarrollo para aquellos con una inclinación más pragmática –y posiblemente más realista–, mientras que aquellos con una mentalidad más radical y una visión largoplacista –y quizá más utópica–, podrían verse más atraídos por las ideas de los teóricos de la dependencia. El estructuralismo y la corriente estructuralista dentro de la teoría de la dependencia trataron de reformar el capitalismo a nivel nacional e internacional, mientras que la versión neomarxista de la dependencia luchó por derrocar el capitalismo: se consideraba al socialismo como el único sistema capaz de solucionar los problemas del subdesarrollo. En vista del colapso del sistema socialista en Europa del Este y dada la transición que inició China de una economía planificada a una de mercado, a la alternativa socialista de la dependencia le resulta imposible tener buena acogida en el mundo menos desarrollado, considerándose así la corriente estructuralista que apunta hacia la reforma del sistema capitalista como una opción más factible entre aquellos que buscaban una alternativa con respecto al modelo neoliberal existente.

Queda por verse en qué medida un proceso de desarrollo alterno estructuralista dentro del capitalismo es capaz de enfrentar los problemas del subdesarrollo: aunque a juzgar por intentos estructuralistas previos el panorama no luce tan prometedor tampoco. Parece que a lo sumo la mayoría de los países latinoamericanos puede aspirar a alcanzar tasas de crecimiento similares a las del periodo de sustitución de importaciones de la posguerra, aunque impulsadas esta vez principalmente por un viraje hacia las exportaciones no tradicionales y no por el mercado interno como lo imponía la ISI. La conclusión tiende a ser que aunque hayan aumentado las exportaciones y el crecimiento económico, ello no ha sido suficiente para reducir de manera significativa la desigualdad de ingresos, ni los niveles de pobreza extrema –pese a que la pobreza absoluta se ha reducido en comparación con lo elevada que era en la

década perdida de los 80.

Pertinencia del estructuralismo y la dependencia

Aumento de la asimetría en la economía mundial. En estos momentos de creciente globalización –proceso que se presenta como indetenible e inexorable– cabría resaltar la constante pertinencia de las teorías estructuralistas y de la dependencia: que ubican los problemas del subdesarrollo y desarrollo en un contexto global. Una visión central del estructuralismo es su conceptualización del sistema internacional como algo integrado por relaciones centro-periferia asimétricas. De igual manera, la teoría de la dependencia arrancó con la consideración de que el subdesarrollo del sistema mundial se debe a sus relaciones desiguales inherentes. La división económica y la brecha en materia de ingresos que existen entre el centro o los países desarrollados y la periferia o los países subdesarrollados se han ampliado de manera constante, especialmente durante los años 80, década de la deuda y del ajuste, quedando así reivindicadas las predicciones de las teorías estructuralistas y de la dependencia en contraposición con las teorías neoclásicas y neoliberales que preveían la convergencia.

Las pruebas del constante aumento de la divergencia entre los países latinoamericanos, por una parte, y entre éstos y las economías desarrolladas, son irrefutables. Ya en 1978, el ingreso per cápita en los países del centro de la economía mundial era prácticamente cinco veces mayor que el de las economías de mayores ingresos y 12 veces mayor que el de las de menores ingresos de América Latina. Para 1995 la relación había aumentado a casi siete y 30 veces (Banco Mundial 1997).

La controversia de los países recientemente industrializados. Algunos países dependientes o periféricos han logrado alcanzar notables tasas de crecimiento económico constante en las últimas tres o cuatro décadas, así como una mejor equidad. Ese es el caso de los países recientemente industrializados (PRIs) del Sudeste asiático –Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur. En el caso específico de Corea del Sur y Taiwán, países más grandes, han adquirido un estatus semiperiférico gracias a su exitosa industrialización orientada hacia las exportaciones. En este sentido, la visión estructuralista y de «desarrollo dependiente asociado» de Cardoso (1979) es más pertinente que la versión dependentista adelantada por Frank (1967) basada en el «desarrollo del subdesarrollo», que está reñida con el desarrollo alcanzado por tales países.

Cabe hacer hincapié en que esta profunda transformación del Este asiático obedeció al papel clave que desempeñó un Estado desarrollista nacional aunado a una política industrial enérgica (impuesta tras una reforma agraria arrolladora) con miras a lograr el crecimiento y la competitividad internacional. Así lo confirma la posición de los estructuralistas y dependentistas, que

otorgaron gran importancia al Estado como ente promotor del desarrollo. Sin embargo, el modelo del Este asiático también ha demostrado que la intervención estatal ha de ser selectiva y temporal para garantizar que las firmas adquieran competitividad internacional en un periodo específico de tiempo.

Contrario a lo que alegaban inicialmente los neoliberales, el éxito de estos PRIs fue inducido por el Estado y no por el mercado, tal como señala en términos precisos Wade (1990) con su frase «gobernar el mercado». El Banco Mundial ha tratado de hacerle frente a algunas de las muchas críticas a sus interpretaciones iniciales de los PRIs a través de su estudio «El milagro del Este asiático» (1993), donde reconoce la influencia del Estado. No obstante, esto ha dado lugar a más críticas porque el argumento básico del BM no ha cambiado: continúa alegando que cuanto menos intervención del Estado, mejor⁷. En realidad, el papel que desempeña el Estado en las economías periféricas no solo es crucial sino que debe variar constantemente y exige tener conciencia de la creciente vulnerabilidad de los países en una economía mundial competitiva.

Vulnerabilidad financiera y dependencia. La crisis de la deuda de América Latina de los años 80, que afectó a África y a numerosos países asiáticos, puede constituir un ejemplo de la pertinencia contemporánea de la teoría de la dependencia. Con el gran aumento de la movilidad de capitales y su disponibilidad en la economía mundial desde los 70, las economías de los países desarrollados se volvieron cada vez más dependientes de los capitales extranjeros (Gwynne). Esto hizo que su exposición y vulnerabilidad frente a los cambios aumentara en los mercados de capitales mundiales y que se vieran sustancialmente reducidas sus capacidades de maniobra política. Tras la crisis, las instituciones financieras internacionales quedaron facultadas para dictar las políticas económicas y sociales a los países endeudados, en especial las de economías más débiles y pequeñas, a través de los llamados programas de ajuste estructural (PAE). Aunque Brasil y México pudieron negociar mejores términos con el BM y los acreedores extranjeros, Bolivia y otros países no lo lograron. Perú trató de desafiar a las instituciones financieras internacionales durante el gobierno de Alan García, siendo gravemente sancionado por ello y, después del cambio de gobierno, el país tuvo que aceptar la dura realidad del nuevo poder del capital global y poner en marcha un PAE. Los PAE se usaron como vehículos para introducir las políticas neoliberales; tuvieron consecuencias particularmente negativas para las pobres economías de la región al profundizarse el desempleo y recortar de manera significativa los salarios y gastos para los programas de bienestar social.

A través de regalías, utilidades e intereses los países menos desarrollados (PMDs) siguen enviando un considerable excedente económico a los desarrollados (PDs). Tales transferencias, derivadas de las inversiones extranjeras y del intercambio desigual en el comercio internacional, implican una significativa reducción de los fondos que pudieran usarse para inversiones

nacionales en los propios PMDs. Sin embargo, ello no significa que el subdesarrollo obedezca a dichos factores, aunque dificultan bastante la tarea de superarlo. La razón principal por la que persiste el subdesarrollo se ubica precisamente en la configuración interna de clase y en el papel del Estado en los países periféricos. Esto es lo que deben aprender los estructuralistas, en materia de dependencia, de la experiencia de los PRIs. Aunque ciertos factores geopolíticos cumplieron una función determinante para el éxito de los PRIs, los elementos claves fueron el papel desarrollista del Estado y su capacidad para alcanzar cierta autonomía o dominio sobre las relaciones de clase.

De todos modos, las fuerzas de la globalización son tan poderosas que incluso los PRIs del Sudeste asiático han debido comenzar el dismantelamiento del Estado desarrollista, hasta ahora bien asentado. Corea del Sur emprendió una desregulación financiera radical a instancias del FMI, la OCDE y los gobiernos, firmas y bancos occidentales. La iniciativa contribuyó a que sobreviniera la actual crisis económica y financiera de los PRIs del Este, que ha brindado oportunidad para que el 'Complejo Wall Street-Tesoro-FMI'⁸ ejerza una gran influencia en la política económica de estos países. El FMI y la banca internacional occidental han podido exigirle a Corea del Sur una serie de reformas estructurales e institucionales a cambio de asistencia. Entre tales reformas figuran una mayor apertura de la economía coreana a los capitales extranjeros, y una mayor liberalización del régimen de comercio internacional y del mercado laboral a los fines de facilitar la reubicación y el despido de trabajadores. La combinación de devaluación masiva y liberalización financiera «puede incluso precipitar la mayor transferencia de activos hecha en tiempos de paz de manos nacionales a extranjeras en los últimos 50 años en todo el mundo, lo que haría ver como insignificantes las transferencias de manos nacionales a estadounidenses que se verificaron en América Latina en los 80 o en México después de 1994» (Wade/Veneroso, p. 20). Así pues, los grandes ganadores son sin lugar a dudas las compañías occidentales y japonesas, mientras los principales perdedores son los trabajadores.

En resumen, el proceso de globalización está conduciendo a nuevas formas de dependencia financiera. El 'Complejo Wall Street-Tesoro-FMI' puede incluso tener voz preponderante en materia de política económica en los países en vías de desarrollo, e inclusive en los PRIs, promoviendo así la liberalización económica y los intereses del capital trasnacional.

Tecnología y compañías trasnacionales. Los autores de la dependencia hacen gran hincapié en la dependencia tecnológica. Los estructuralistas han hecho referencia a la debilidad del proceso de sustitución de importaciones de América Latina en los 60 y 70, debido a las dificultades enfrentadas al pasar de las industrias de bienes de consumo a las de bienes de capital. Sin embargo, los países más grandes han logrado desarrollar un sector industrial de bienes intermedios como, por ejemplo, las industrias químicas y del acero. A pesar de

la creciente presencia de empresas transnacionales (ET) en América Latina, la difusión tecnológica ha sido escasa, lo que ha confirmado la crítica hecha por la teoría de la dependencia a las ET. La política del gobierno no ha podido desarrollar una capacidad tecnológica autóctona en Latinoamérica, habiendo podido actuar de manera más decisiva para garantizar que las ET contribuyeran con este proceso. No obstante Brasil, y de alguna manera México, han adquirido cierta capacidad tecnológica competitiva en gran medida gracias a una política industrial con fines específicos (Gereffi). Sin embargo, con la nueva revolución tecnológica de las telecomunicaciones y la electrónica, las economías más avanzadas han llegado a tener una mayor ventaja competitiva sobre los PMDs. Esto ha aumentado aún más la dependencia tecnológica de la mayoría de estas naciones (Castells/Laserna).

Globalización: limitaciones y oportunidades. Ni el estructuralismo ni la teoría de la dependencia previeron el rápido crecimiento del comercio mundial en el periodo de posguerra. Esto ha adquirido una nueva dimensión en la actual fase de globalización, con su compresión en el tiempo y en el espacio, y el ímpetu que ha recibido más recientemente la economía mundial con la reducción de las barreras fronterizas al movimiento de bienes, servicios y capitales, creándose así nuevas oportunidades para el comercio internacional y las inversiones extranjeras.

Las fuerzas de la globalización han reducido aún más las posibilidades de maniobrar a través de políticas nacionales de desarrollo en comparación con el periodo de ISI, confirmándose así uno de los principios claves de la teoría de la dependencia. El poder de los mercados internacionales rige con más fuerza todavía que en el pasado y los Estados deben tomar en cuenta estas presiones de los mercados globales aún más que antes: de lo contrario podrían verse afectados por un retiro masivo de capitales foráneos –como los casos de Chile y México durante las crisis financieras de 1982/1983 y 1994/1995–, por la cólera de las instituciones financieras internacionales y por las dificultades con los inversionistas y firmas también internacionales.

Mientras tanto, los procesos reforzadores de la globalización y liberalización han abierto nuevas oportunidades de exportación para las economías de América Latina y han atraído cantidades cada vez mayores de inversiones foráneas. En algunos países latinoamericanos las exportaciones han impreso un nuevo dinamismo a la economía nacional. Este impulso del comercio mundial ha sido subestimado por los estructuralistas, y fue considerado como algo con consecuencias negativas por algunos autores de la dependencia. Pese a la justificación de algunos de estos temores, han permitido una mayor y mejor atención al tema de las políticas estatales internas y de las fuerzas sociales y de clase que las configuran, así como también al poder de los mercados internos de la periferia.

Intercambio desigual. Estudios recientes han confirmado el continuo deterioro de los términos de intercambio de la periferia en comparación con los de los países del centro⁹ –un factor subrayado en el pasado por el estructuralismo e incorporado a la teoría del intercambio desigual de la dependencia. Esto significa que los PMDs deben exportar una mayor cantidad de productos a los PDs para poder comprar a estos últimos la misma cantidad de bienes. No obstante esto no significa necesariamente que hayan disminuido las ganancias por concepto de comercio internacional; a menudo ha ocurrido lo contrario por el aumento continuo del volumen exportado desde la periferia. Sin embargo este intercambio desigual no implica que parte considerable de los excedentes económicos de la periferia se transfieran a los países del centro.

La lección sigue siendo que los PMDs deberían orientar su estructura exportadora hacia bienes y servicios con mayor valor agregado, en lugar de seguir vendiendo materias primas, que puede conducir al agotamiento de los recursos y tener efectos ambientales negativos. No debería olvidarse que los teóricos estructuralistas fueron de los primeros en argumentar que los gobiernos de la región debían promover las exportaciones industriales, en su opinión la fase siguiente del proceso de industrialización de la región (Kay 1989, p. 40). Sin embargo los países, excepto Brasil, no han actuado –y si lo han hecho ha sido con demasiada timidez.

Globalización y viraje hacia un mundo tripolar. El capitalismo es el sistema que domina la economía global; también, siempre ha sido un sistema internacional. Al final del siglo XX, la integración de la economía de los mercados globales está avanzando a un ritmo acelerado. Tal vez sea por la velocidad de esta integración que el proceso se denomine «globalización», que abarca transformaciones económicas en materia de producción, consumo, tecnología e ideas; también está íntimamente vinculado a los cambios de los sistemas políticos, así como de los socioculturales y ambientales.

Podría alegarse que los Estados-nación de América Latina han de plantearse cada vez más metas y objetivos nacionales dentro de parámetros y estructuras de definición global. En el caso de los países en vías de desarrollo, el impacto de estar más plenamente insertado en la economía global reduce cada vez más las capacidades de maniobra de las políticas. En parte ello obedece a que los gobiernos de estos países dependen más de la aprobación de las instituciones globales que «supervisan» la economía mundial (como el FMI, la OMC y el BM) y de las decisiones que en materia de inversión tomen las multinacionales, que pueden regirse en gran medida por el veredicto de las instituciones internacionales.

La caída del muro de Berlín y la crisis soviética a finales de los 80 ha reafirmado el dominio del sistema capitalista global y recalcado la importancia de los logros económicos en lo que respecta al establecimiento de nodos de poder. La

desaparición del bipolarismo, que giró en torno a las ideologías políticas de la Guerra Fría, hizo que en lo sucesivo se hiciera énfasis en las variaciones de la economía política dentro del sistema capitalista mundial. Hay quienes apuntan que el mundo es ahora tripolar (Preston), siendo sus tres polos: 1) América del Norte, con Estados Unidos específicamente dedicado a recalcar una y otra vez su poderío hegemónico global tanto a nivel político como económico; 2) Japón y los PRIs del Este asiático¹⁰; y 3) la Unión Europea, un bloque regional en vías de ampliación y consolidación.

¿Qué posición ocupa América Latina en este mundo globalizante? La relación política y económica clave es la que se mantiene con EEUU, protagonista principal del sistema político y económico global de la última mitad del siglo xx. Seguidamente están en juego importantes aspectos políticos e ideológicos. Los países latinoamericanos se ven a sí mismos, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y las dictaduras militares de América Latina, bajo la influencia de la política estadounidense; países como México y Argentina se han acercado más a EEUU. En términos económicos América Latina está avanzando hacia las reformas económicas del llamado Consenso de Washington y parece estar siguiendo más de cerca el modelo estadounidense de capitalismo, y no otros como los modelos orientados por el Estado adoptados en el Este asiático o incluso los de Estado benefactor de Europa continental. Al mismo tiempo, las compañías estadounidenses llegan a ser una fuerza económica todavía decisiva en Latinoamérica, especialmente en términos de acceso a mercados y oportunidades de inversión.

Diferenciación de la periferia. Así pues, es cada vez más común oír que la división tradicional entre centro y periferia de la economía mundial ya no existe (Klark) y justificarlo aludiendo al proceso de globalización. Según Kearney (p. 548), la globalización implica que la distinción entre centro y periferia es menos clara. El modelo del Este asiático de rápido crecimiento económico a través de más actividades comerciales y una mayor capacidad tecnológica y producción manufacturera ha sido clave en este sentido. En América Latina, el auge de muchos sectores manufactureros y de la capacidad tecnológica del Brasil y, en menor grado, de México y Argentina, también sirvió para opacar el modelo centro-periferia, por lo menos en términos de su formulación original centrada en la localización de la capacidad manufacturera (Prebisch). Lo cierto es que la periferia global se está diferenciando cada vez más. Aquellos espacios de la periferia –bien sea a escala de Estado-nación, región o ciudad– que se están insertando más plenamente en la economía global y que, a la vez, pueden alcanzar una mejor y más sostenida competitividad internacional parecen estar funcionando como nuevos centros de crecimiento dentro de la periferia, atrayendo así capital y mano de obra.

Nuevos centros industriales de la periferia. Sin embargo, ¿en qué medida están vinculados estos nuevos centros de la periferia al crecimiento de la

actividad manufacturera? La conceptualización de una economía global integrada por cadenas de productos es una de las direcciones hacia las que ha evolucionado la teoría de la dependencia (Gereffi/Korzeniewicz). El análisis de las cadenas de productos en relación con toda América Latina demuestra, en primer lugar, que el perfil exportador de casi todos los países más pequeños de América Latina está dominado por los productos básicos, casi como lo estaba en los años 50 y, en segundo lugar, que el perfil exportador de los países industrializados más grandes de la región se caracteriza por componentes o bienes de consumo intensivos en mano de obra. Es obvio que el caso de México y particularmente el tipo de industrialización observada en las ciudades del norte de este país ha sido bien documentado a ese respecto.

No obstante, cabría señalar que las relaciones económicas existentes entre América del Norte y América Latina son asimétricas. Las ventas de países latinoamericanos hacia EEUU –salvo las de México y Brasil– consisten principalmente en productos básicos, siendo los manufacturados los que predominan entre las importaciones provenientes de EEUU. La balanza con EEUU es también muy desventajosa para América Latina.

Globalización y cambio del paradigma neoliberal

De la ventaja comparativa a la ventaja competitiva. Así pues, el neoliberalismo quizá sea el inicio de un nuevo capítulo de la evolución de América Latina, sobre todo en lo referente al establecimiento de nuevas relaciones con la economía mundial. Se le puede calificar de cambio paradigmático y relacionar históricamente con la inserción de América Latina en la economía global del siglo XIX. Aunque las economías latinoamericanas hayan dependido, en ese entonces, de las ventajas comparativas de sus recursos naturales, lo importante hoy día es estudiar cómo pueden generarse y crearse las ventajas competitivas tanto a nivel del Estado-nación como al de la firma¹¹. Esto exige nuevas conceptualizaciones. El estructuralismo subestimaba la importancia clave de la competitividad del mercado mundial para transformar las economías y las sociedades; sostenía que las economías latinoamericanas podían protegerse de las fuerzas globales y seguir dependiendo de las ventajas comparativas que representaban los minerales y los alimentos, al tiempo que promovían una industrialización hacia adentro.

En cambio, el neoliberalismo «puro» cree en la apertura completa de las economías nacionales a los mercados globales sin mediación del Estado. Por consiguiente, parece estar dispuesto a sacrificar sectores no competitivos –sobre todo en el ámbito industrial– en aras de la competencia internacional. El corolario de ello ha sido el regreso de las ventajas naturales de los recursos y lo que se ha llamado exportaciones no tradicionales. Algunos líderes actuales de América Latina, como Fernando Henrique Cardoso, advierten la necesidad de que el Estado realice los cambios institucionales indispensables para que las

economías latinoamericanas acumulen ventajas competitivas. La necesidad de formar parte del mercado mundial ahora se acepta plenamente, pero también se ha observado que existe un papel crucial para el Estado en el campo de la capacitación de recursos humanos, por ejemplo. Lo anterior puede considerarse como una interpretación del modelo de éxito económico del Este asiático basada en la competitividad industrial y su aplicación en Latinoamérica (Gereffi/Wyman; Gwynne).

La reconstrucción social puede ser muy dolorosa y afectar a muchas capas de la sociedad: las clases trabajadoras industriales –al cerrarse o modernizarse las plantas industriales–, las clases medias empleadas por el Estado –cuando los gobiernos privatizan y reducen los empleos en el sector de los servicios públicos– y los sectores no competitivos –a menudo orientados hacia adentro– de la clase capitalista. En términos generales, este proceso ha sido impulsado por gobiernos altamente centralizados y se ha dado en forma de reestructuración social promovida por el Estado. Esto ha ocurrido bajo regímenes autoritarios, sobre todo en Chile, con la dictadura pinochetista. Sin embargo, los gobiernos elegidos de manera democrática también han iniciado estas reformas orientadas hacia el mercado e incluso han logrado ser reelegidos con base en tal plataforma –p. ej., Menem y Fujimori. Podría argumentarse que tales gobiernos han necesitado sistemas presidenciales fuertes para tener éxito.

Este modelo de reestructuración social impulsada por el Estado ha respondido a exigencias del mercado global y a la eliminación de las barreras económicas existentes entre la economía nacional y el mercado mundial. En cierta forma, ha representado la adopción de un enfoque represivo ante las demandas de las víctimas sociales del nuevo modelo económico. Esta reestructuración ha tenido diferentes repercusiones en los distintos grupos sociales, con variantes según el país. En general, a ciertos sectores se les ha dado menos protección –como la clase trabajadora industrial y el campesinado– en comparación con otros –como la clase media empresarial y los nuevos grupos financieros emergentes. La clase capitalista ha tenido más éxito al tratar de reajustarse a las realidades y circunstancias variables del mercado internacional y, en consecuencia, no solo ha aumentado su tamaño e influencia, sino que también se ha transformado en el sector clave y exitoso del cambio paradigmático. Aquí hay nuevas fuerzas sociales, con particular significación en lo financiero y en rubros exportadores.

¿Más allá del neoliberalismo a través del neoestructuralismo? Durante los años 90, en América Latina la globalización ha estado íntimamente vinculada al cambio hacia las políticas neoliberales. Muchos gobiernos han integrado aún más sus economías nacionales con la economía global. En particular, esto se ha logrado a través de la liberalización del comercio y la desregulación de los mercados financieros, lo que desembocó, como es normal, en un mayor flujo comercial, movimiento de capitales, inversiones y transferencia de tecnología. El

marco más global en el que se han ubicado las economías latinoamericanas ha coincidido con el cambio de los gobiernos autoritarios –todavía numerosos en los 80– por la gobernabilidad democrática, de manera tal que, en la actualidad, los 16 países continentales tienen gobiernos elegidos en las urnas. Así pues, el Estado latinoamericano de los 90 se ha transformado en un sistema democrático que, al mismo tiempo, reduce su influencia directa sobre la economía –mediante la privatización y desregulación– y recorta el tamaño del sector público por medio de la reforma fiscal.

La globalización, o la integración más íntima entre América Latina y los mercados globales, ha estado asociada entonces a un cambio a favor de un sistema político más participativo y representativo (Haggart/Kaufman). Hasta cierto punto, esto puede haber opacado las repercusiones sociales negativas que ha tenido la reforma neoliberal. El resultado ha sido más desempleo y pobreza, una distribución del ingreso aún más desigual y una presencia más marcada de la economía informal. Sin embargo, los gobiernos democráticos han intentado explicar o justificar esto de dos maneras.

En primer lugar, está el argumento de que las repercusiones sociales negativas son reflejo a corto plazo de la adaptación a las nuevas condiciones, señales que cambiarán pronto su orientación. El desempleo y la pobreza disminuirán a medida que la economía se adapte a las nuevas realidades externas y que el país se torne más competitivo.

La segunda justificación se refiere al argumento de la «falta de alternativas». Los gobiernos latinoamericanos consideran que el neoliberalismo se está transformando en el fundamento de la elaboración de políticas en otras áreas que se identifican como regiones «competidoras» dentro de la economía mundial: Europa oriental y el Este asiático, específicamente. Según los funcionarios de Hacienda de América Latina, resulta de extrema importancia «modernizar» las economías para tornarlas más competitivas en los mercados mundiales, de manera tal que se puedan aprovechar mejor las fuerzas globalizantes. Esta modernización es necesaria para atraer con éxito las inversiones de las ET, que tienen una amplia gama de opciones en términos de dónde invertir.

¿Hasta qué punto se reconocerán las deficiencias del modelo neoliberal y se crearán movimientos sociales que diseñen alternativas en materia de estrategias de desarrollo y escenarios sociopolíticos? Cabría argumentar que, para hacer que los países latinoamericanos sean más competitivos en un mundo globalizante, la reforma neoliberal no puede consistir sencillamente en orientar las economías hacia el mercado. El caso chileno demuestra que es preciso realizar grandes reformas institucionales esenciales durante un largo periodo para que un país se vuelva más competitivo y esté menos expuesto a las consecuencias de las crisis internacionales. La reforma institucional chilena

se produjo en 1964 con el objeto de que fuera duradera, y surgió de una gran variedad de ideologías políticas. Las reformas en materia de tenencia de la tierra, propiedad sobre la riqueza minera –sobre todo el cobre–, salud y pensiones personales, instituciones financieras y tributación constituyen ejemplos contundentes de que las mismas ocurrieron bajo gobiernos de ideologías muy diferentes entre sí. Martínez y Díaz alegan que es la combinación de estas reformas institucionales profundas con políticas neoliberales orientadas hacia el mercado lo que está detrás del éxito económico de Chile durante los 90. Esto es de suma importancia para sostener el crecimiento económico en un mundo cada vez más competitivo.

La relación futura entre el Estado y el proceso de cambio económico es, pues, un tema clave. Puede que la transformación ideológica en pro de una participación limitada del gobierno en la economía no produzca la economía competitiva y modernizada que se espera de la reforma neoliberal. De ser así, no habrá crecimiento económico sostenido, que se considera el requisito previo para que los gobiernos enfrenten el problema de la deuda social y empiecen a rectificar los patrones altamente desiguales de distribución de ingresos.

También está el punto de la relación entre integración económica, neoliberalismo y globalización. Para el 2005, se prevé que América sea una gran zona de libre comercio. Esto implicará que se integrará la economía dominante del siglo XX con 16 países latinoamericanos mucho más pequeños y muy diferentes entre sí. Las razones geopolíticas de tal integración han llegado a ser factores adicionales importantes de este proceso. La reforma neoliberal y la apertura de economías que antes estaban orientadas hacia adentro han marcado un récord de integración económica que ha resultado ser más exitosa en los 90 que en los 60, década en la que se pensó que tal integración sería una política internacional clave para América Latina. En términos geopolíticos, hará falta resolver todavía los problemas inherentes a un patrón centro-periferia fuerte que caracterizará a la integración económica de América –en contraste con otros esquemas.

Es importante recalcar que el modelo neoliberal ha evolucionado de una interpretación economicista, y a menudo restringida al consenso de Washington¹², hacia la interpretación más socialdemócrata de Chile y Brasil. En realidad, parece haberse producido una especie de convergencia entre el neoliberalismo y el estructuralismo en algunas partes de América Latina¹³. Hay una nueva evaluación de las teorías de los 50 y 60 y de la evolución de la posición neoestructuralista desde finales de los 80¹⁴. Podría decirse que el neoestructuralismo tiene ahora más influencia sobre la política gubernamental, como es el caso de los gobiernos de la Concertación chilena y de Cardoso.

El neoestructuralismo ha adoptado ciertos elementos del neoliberalismo a la vez que conserva algunas de las ideas estructuralistas medulares. Aunque hay

autores que han rechazado el neoestructuralismo tildándolo de ser la mera cara humana del neoliberalismo y su segunda fase (Green, p. 189), es obvio que se ha producido un viraje en ese sentido. No obstante existen diferencias; algunas de ellas se mencionaron al analizar la pertinencia contemporánea del estructuralismo y de la teoría de la dependencia. Las diferencias tienen que ver principalmente con sus respectivos enfoques acerca de la relación entre países desarrollados y en vías de desarrollo, así como entre Estado, sociedad civil y mercado.

El punto de vista neoliberal se basa en que se requiere una mayor liberalización de la economía mundial y que ello beneficiará en gran medida a los países en desarrollo. En cambio, los neoestructuralistas, así como los autores de la dependencia, ven la economía mundial como un sistema de poder jerárquico y asimétrico que favorece a los países del centro y a las ET en particular. Son pues más escépticos ante una mayor liberalización, porque creen que reforzará las desigualdades entre y dentro de los países; al tiempo que los grupos globales poderosos establecidos en los países desarrollados harán lo necesario para que los beneficios de la liberalización global se canalice a su favor.

En lo que respecta a la relación entre Estado, sociedad civil y mercado, los neoestructuralistas le atribuyen un papel más importante al Estado en el proceso de transformación social y desean vehementemente que los grupos sociales en desventaja participen en este proceso, sobre todo porque se ha tendido a excluirlos. En cambio, los liberales anhelan un Estado minimalista, que ponga en primer plano el mercado porque lo consideran la fuerza transformadora más efectiva; mientras menores sean las restricciones que se impongan al libre juego del mercado, mejor será para la economía nacional, la sociedad y los gobiernos.

El neoestructuralismo no debería interpretarse como una teoría que cede ante el neoliberalismo, ni como una señal de que el estructuralismo estaba equivocado, sino más bien como un intento por llegar a un entendimiento con una nueva realidad. En este sentido, está demostrando que posee capacidad para adaptarse a las cambiantes circunstancias históricas y que no se queda anclado al pasado. Obviamente, el estructuralismo cometió errores con su pesimismo y su concepción tecnocrática del Estado. A pesar de las fallas del neoestructuralismo, se trata de la única alternativa factible y creíble ante el neoliberalismo en las actuales circunstancias históricas. La principal lección que han aprendido los neoestructuralistas de los PRIs del Este asiático es la necesidad de integrarse de manera selectiva a la economía mundial y de crear ventajas competitivas a través de una política industrial bien diseñada. Dicha política industrial y de exportaciones intenta explotar continuamente nichos del mercado mundial y se desplaza aguas arriba hacia actividades que tengan un mayor valor agregado, que sean más avanzadas en tecnología y que recurran a

mayores destrezas. Las políticas para mejorar la base de conocimiento de la economía y la capacidad tecnológica nacional se consideran cruciales para el crecimiento a largo plazo. Así pues, sigue haciéndose hincapié en la importancia de la educación, aunque se haga menos mención de la necesidad de una reforma agraria, ya que éste se ha transformado en un tema políticamente sensible en muchos países latinoamericanos.

El neoestructuralismo atribuye mayor relevancia a las fuerzas del mercado, la empresa privada y las inversiones extranjeras directas en comparación con el estructuralismo, pero alega que el Estado debería gobernar el mercado. No obstante, según las ideas neoestructuralistas, el Estado ya no desempeña el papel de pivote del desarrollo que cumplía bajo la ISI estructuralista, ya que las áreas públicas se limitan sólo a prestar servicios esenciales como salud y educación, mas ya no emprenden actividades productivas directas a través de la propiedad de empresas industriales o de otro tipo. Asimismo, la capacidad del Estado para conducir la economía está limitada porque el proteccionismo y los subsidios se usan sólo esporádicamente y limitadamente en contraste rotundo con el periodo de ISI. Se reconoce el imperativo de alcanzar y mantener el equilibrio macroeconómico porque ahora la estabilidad fiscal y de los precios son una condición para el crecimiento, lo que no ocurría necesariamente en el pasado¹⁵. Otro elemento clave del neoestructuralismo es su gran preocupación por la equidad y la reducción de la pobreza, lo que requiere la toma de medidas especiales por parte del Estado y también la participación de las ONGs.

La posición con respecto al mercado mundial ha cambiado mucho desde que la dirección estratégica de la economía debe estar orientada a las exportaciones, en lugar de sustituir las importaciones. Pero ese desplazamiento hacia los mercados mundiales por parte de los neoestructuralistas se produce dentro de una estrategia de «desarrollo desde adentro». Es decir, «lo crucial no es la demanda y los mercados. El *quid* del desarrollo está por el lado de la oferta: calidad, flexibilidad, combinación y utilización eficientes de los recursos productivos, adopción de adelantos tecnológicos, espíritu innovador, creatividad, capacidad de organización y de disciplina social, austeridad privada y pública, énfasis en el ahorro, y desarrollo de habilidades para competir internacionalmente. En resumen, esfuerzos independientes emprendidos *desde adentro* para alcanzar el desarrollo autosustentable» (Sunkel 1993, pp. 8-9). Esto significa que es la sociedad, a través de la orientación del Estado y de sus organizaciones intermediarias, la que decide en qué dirección desea desarrollar sus vínculos con la economía mundial. Sin embargo, las posibilidades son limitadas debido a las fuerzas de la globalización, tal como se mencionó anteriormente. Otro elemento clave del neoestructuralismo es el logro de ventajas competitivas en ciertas áreas productivas claves del mercado mundial mediante la liberalización selectiva, la integración a la economía mundial y una política de crecimiento económico e industrial orientada hacia las exportaciones. Los neoestructuralistas son defensores acérrimos del 'regionalismo abierto',

que esperan mejore la posición de América Latina en la economía mundial al tiempo que reduzca su vulnerabilidad y dependencia (v. Cepal 1994; 1995).

Conclusión

En el presente ensayo hemos sostenido que es desatinado desechar las teorías estructuralista y de la dependencia y adoptar acríticamente el neoliberalismo. La turbulencia actual en los mercados financieros globales y la crisis económica de muchos PRIs revelan las limitaciones de una liberalización y una dependencia de los mercados mundiales sin ninguna restricción. En esencia, el neoestructuralismo y la dependencia son enfoques más fructíferos que el neoliberalismo para el análisis de los problemas de desarrollo y subdesarrollo, al igual que para el diseño de políticas adecuadas para el desarrollo sustentable. Al centrarse en las estructuras e instituciones, en lugar de enfocar únicamente los precios, las perspectivas del neoestructuralismo y de la dependencia ofrecen una mejor orientación que el neoliberalismo para el estudio de los procesos contemporáneos del desarrollo.

El modelo neoliberal reestructuró el sistema político y económico, pero creó nuevas agrupaciones de intereses, particularmente en las compañías de financiamiento de capital y de exportación. Además, se ha vuelto evidente que una vinculación más estrecha con la economía global restringe internamente el espacio de maniobra de virtualmente todos los gobiernos latinoamericanos. En América Latina, abrirse a la economía mundial ha sido una fuerza disciplinaria tanto para el capital como para el trabajo, pero éste ha soportado el mayor peso de los costos sociales del ajuste. Las políticas desacertadas, o las que el capital internacional *percibe* como desacertadas, se penalizan por ejemplo con una rápida retirada de financiamiento, dejando al descubierto la vulnerabilidad de las economías más débiles. Por esa razón, en muchas esferas se está exigiendo que se regule y controle más el poder del capital financiero. Además, si el modelo neoliberal ha de continuar, debe seguir también evolucionando en términos de suministrar mejores condiciones sociales y seguridad para los grupos más vulnerables y débiles de la sociedad, así como también debe comenzar a abordar las disparidades en aumento entre los países ricos y los países pobres, pues de otra forma estará en peligro la estabilidad del sistema global.

Referencias

- Arndt, H.W.: *Economic Development: The History of an Idea*, University of Chicago Press, Chicago, 1987.
- Bitar, S.: «Neo-liberalism versus Neo-structuralism in Latin America» en *Cepal Review* N° 34, 1998.
- Blomström, M. y B. Hettne: *Development Theory in Transition. The Dependency Debate and Beyond: Third World Responses*, Zed Books, Londres, 1984.

- Cardoso, F.H. y E. Faletto: *Dependency and Development in Latin America*, University of California Press, Berkeley, 1979.
- Castells, M. y R. Laserna: «The New Dependency: Technological Change and Socioeconomic Restructuring in Latin America» en A.D. Kincaid y A. Portes (eds.): *Comparative National Development: Society and Economy in the New Global Order*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1994.
- Cuddington, J.T.: «Long-run trends in 26 primary commodity prices: a disaggregated look at the Prebisch-Singer hypothesis» en *Journal of Development Economics* 39/2, 1992.
- Cepal: *Changing Production Patterns with Social Equity*, Santiago, 1990.
- Cepal: *Social Equity and Changing Production Patterns: An Integrated Approach*, Santiago, 1992.
- Cepal: *El Regionalismo Abierto en América Latina y el Caribe: la integración al servicio de la transformación productiva con equidad*, Santiago, 1994.
- Cepal: *Latin America and the Caribbean: Policies to Improve Linkages with the Global Economy*, Santiago, 1995.
- Diakosavvas, D. y P.L. Scandizzo: «Trends in the terms of trade of primary commodities, 1900-1982: the controversy and its origins» en *Economic Development and Cultural Change* 39/2, 1991.
- Fajnzylber, F.: «Sobre la impostergable transformación productiva de América Latina» en *Pensamiento Iberoamericano* N° 16, 1990, pp. 85-129.
- Ffrench-Davis, R.: «An Outline of a Neo-structuralist Approach» en *Cepal Review* N° 34, 1988.
- Frank, A.G.: *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York, 1967.
- Frank, A.G.: «Latin America Development Theories Revisited: A Participant Review Essay» en *European Journal of Development Research* vol. 3 N° 2, 1991. También publicado en *Latin American Perspectives* vol. 19 N° 3, 1992. Se publicó una versión más larga en *The Scandinavian Journal of Development Research* vol. 10 N° 3, 1991.
- Gereffi, G.: «Rethinking Development Theory: Insights from East Asia and Latin America» en A.D. Kincaid y A. Portes (eds.): *Comparative National Development: Society and Economy in the New Global Order*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1994.
- Gereffi, G. y M. Korzeniewicz: *Commodity Chains and Global Capitalism*, Praeger, Westport, 1994.
- Gereffi, G. y D.L. Wyman (eds.): *Manufacturing Miracles: Paths of Industrialization in Latin America and East Asia*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- Gore, C.: «Methodological Nationalism and the Misunderstanding of East Asian Industrialisation» en *The European Journal of Development Research* vol. 8 N° 1, 1996.
- Green, D.: *Silent Revolution: The Rise of Market Economics in Latin America*, Cassell, Londres, 1995.
- Gwynne, R.N.: *New Horizons? Third World Industrialisation in an International Framework*, Longman, Harlow, 1990.
- Haggart, S. y R.R. Kaufman (eds.): *The Political Economy of Democratic Transitions*, Princeton University Press, Princeton, 1995.
- Harris, R.L.: «The global context of contemporary Latin American affairs», en S. Halebsky y R. L. Harris (eds.): *Capital, Power, and Inequality in Latin America*, Westview Press, Boulder, 1995.
- Harrison, D.: *The Sociology of Modernization and Development*, Unwin Hyman, Londres, 1988.
- Hout, W.: *Capitalism and the Third World: Development, Dependency and the World System*, Edward Elgar, Aldershot, 1993.
- Kahler, M.: «Orthodoxy and its alternatives: explaining approaches to stabilization and adjustment» en J. M. Nelson (ed.): *Economic Crisis and Policy Choice: The Politics of Adjustment in the Third World*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- Kay, C.: *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, Routledge, Londres, 1989.

- Kay, C.: «Reflections on the Latin American Contribution to Development Theory» en *Development and Change* vol. 22 N° 1, 1991.
- Kay, C.: «Back to the future: the Latin American development school and neoliberalism» en F. Wilson y F. Stepputat (eds.): *People in Politics: Debating Democracy in Latin America*, Centre for Development Research, Copenhagen, 1994.
- Kearney, M.: «The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism» en *Annual Review of Anthropology* vol. 24, 1995, pp. 547-565.
- Kiely, R.: *Sociology & Development: The Impasse and Beyond*, University College London Press, Londres, 1995.
- Klak, T. (ed.): *Globalization and Liberalism: The Caribbean Context*, Rowman & Littlefield Publishers, Lanham, Maryland, 1998.
- Krugman, P.: «Competitiveness: a dangerous obsession» en *Foreign Affairs* 73/2, 1994.
- Larraín, J.: *Theories of Development: Capitalism, Colonialism and Dependency*, Polity Press, Cambridge, 1989.
- Lehmann, D.: *Democracy and Development in Latin America*, Polity Press, Cambridge, 1990.
- Leys, C.: *The Rise and Fall of Development Theory*, James Curry, Londres, 1996.
- Love, J.L.: «Economic Ideas and Ideologies in Latin America since 1930» en L. Bethell (ed.): *Latin America since 1930. Economy, Society and Politics* en *The Cambridge History of Latin America* vol. VI Parte I, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
- Lustig, N.: «From Structuralism to Neostructuralism: The Search for a Heterodox Paradigm» en P. Meller (ed.): *The Latin American Development Debate: Neostructuralism, Neomonetarism and Adjustment Processes*, Westview Press, Boulder, 1991.
- Martínez, J. y A. Díaz: *Chile: The Great Transformation*, UNRISD, Génova, 1996.
- Ocampo, J.A.: «Terms of Trade and Center-Periphery Relations» en O. Sunkel (ed.): *Development from Within: Toward a Neostructuralist Approach for Latin America*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1993.
- Packenham, R. A.: *The Dependency Movement: Scholarship and Politics in Development Studies*, Harvard University Press, Cambridge, 1992.
- Peet, R.: *Global Capitalism: Theories of Societal Development*, Routledge, Londres, 1991.
- Petras, J. y M. Morley: *Latin America in the Time of Cholera: Electoral Politics, Market Economics, and Permanent Crisis*, Routledge, Nueva York, 1992.
- Porter, M.: *The Competitive Advantage of Nations*, Macmillan, Basingstoke y Londres, 1990.
- Prebisch, R.: «The economic development of Latin America and its principal problems» en *Economic Bulletin for Latin America* 7/1, 1962.
- Preston, P.W.: *Development Theory: An Introduction*, Blackwell, Oxford, 1996.
- Ramos, J. y O. Sunkel: «Toward a Neostructuralist Synthesis» en O. Sunkel (ed.): *Development from Within: Toward a Neostructuralist Approach for Latin America*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1993.
- Rosales, O.: «An Assessment of the Structuralist Paradigm for Latin American Development and the Prospects for its Development» en *Cepal Review* N° 34, 1988.
- Singer, H.W.: «Terms of Trade: New Wine or New Bottles?» en *Development Policy Review* vol. 9 N° 4, 1991.
- Slater, D.: «Development Theory at the Crossroads» en *European Review of Latin American and Caribbean Studies* N° 48, 1990.
- So, A.Y.: *Social Change and Development: Modernization, Dependency, and World-System Theories*, Sage, Newbury Park (CA), 1990.
- Spybey, T.: *Social Change, Development and Dependency: Modernity, Colonialism and the Development of the West*, Polity Press, Cambridge, 1992.
- Sunkel, O.: «Un enfoque neoestructuralista de la reforma económica, la crisis social y la viabilidad democrática en América Latina», trabajo presentado en el XVIII Congreso LASA, Atlanta, 10-12/3/1994.
- Sunkel, O.: «From Inward-looking Development to Development from Within» en O. Sunkel (ed.):

- Development from Within: Toward a Neostructuralist Approach for Latin America*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1993.
- Sunkel, O. y G. Zuleta: «Neo-structuralism versus Neo-liberalism in the 1990's» en *Cepal Review* N° 42, 1990.
- Van der Borgh, C.: «A Comparison of Four Development Models in Latin America» en *The European Journal of Development Research* vol. 7 N° 2, 1995.
- Wade, R.: *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asian Industrialization*, Princeton University Press, Princeton, 1990.
- Wade, R.: «Japan, The World Bank and the Art of Paradigm Maintenance: The East Asian Miracle in Political Perspective» en *New Left Review* N° 217, 1996, pp. 3-36.
- Wade, R. y Veneroso, F.: «The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex» en *New Left Review* N° 228, 1998, pp. 3-23.
- World Bank: *The East Asian Miracle: Public Policy and Economic Growth*, Oxford University Press, Nueva York, 1993.
- World Bank: *World Development Report 1997*, Oxford University Press, Nueva York, 1997.

Notas

1. Hay que reconocer que en cierto modo el paradigma neoliberal regresa a algunos temas y políticas que ya se ensayaron en el pasado, pero de una forma fragmentaria y fortuita
2. La sigla en español es Cepal (Comisión Económica para América Latina). Luego la institución cambió su nombre a Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Eclac en inglés).
3. Para más detalles sobre la distinción entre pensadores de la dependencia estructuralistas-reformistas y neomarxistas-revolucionarios, v. Kay 1991.
4. Para algunos análisis útiles de estas teorías latinoamericanas, v. Blomström/Hettne; Kay 1989; Larraín; Lehmann; y Love entre otros. Para unos ensayos que revisan más a fondo estos libros, v. Slater; y Frank 1991.
5. Para consultar un inicial intento mío de examinar la pertinencia contemporánea de las teorías latinoamericanas sobre el desarrollo, v. Kay 1994.
6. Resulta sorprendente descubrir que aún hoy en día muchos de los libros y artículos que tratan sobre la teoría estructuralista y la teoría de la dependencia siguen desplegando un conocimiento limitado y muchas veces errado de ellas, porque no consideran a cruciales autores latinoamericanos. No necesariamente entre los peores culpables de esta ofensa están: Arndt; Harrison; So; Peet; Packemham; Spybey; Hout; Kiely; Leys; y Preston. Si eso podría haberse disculpado cuando aún la mayoría de los textos originales no se habían traducido al inglés, desde 1997, cuando se tradujeron algunos y sobre todo se pusieron a la disposición en inglés análisis extensos y bien con cebidos de esas teorías, ya no hay excusa.
7. Entre las más perceptivas de estas nuevas críticas figuran las de Wade; y Gore.
8. El término 'Complejo Wall Street-Tesoro-FMI' ha sido acuñado por Wade/Veneroso. «Tesoro» hace referencia al Tesoro del gobierno de los EEUU en Washington. También podría añadirse al FMI su organización hermana el Banco Mundial, ubicado en la misma ciudad. Este 'Complejo Wall Street-Washington' ha reemplazado al 'complejo militar-industrial' existente después de la Guerra Fría como poder principal del sistema capitalista mundial.
9. V., p. ej., Singer; Diakosavvas/Scandizzo; Cuddington; Ocampo.
10. Antes en la época bipolar esos países estuvieron muy vinculados a EEUU. Sin embargo, esta región ha surgido como un polo económico global, cuyo poder proviene de sus éxitos en el área manufacturera en general, y en las industrias con uso intensivo de conocimientos, en particular –como Japón.
11. Se ha discutido elocuentemente hasta qué punto puede usarse el concepto de «ventaja competitiva» con respecto a las naciones, y en la actualidad existe cierto consenso de que el

concepto se refiere principalmente a empresas e industrias, no a naciones. En opinión de Krugman (p. 44), «competitividad es una palabra vacía cuando se aplica a economías nacionales». Sin embargo, la política gubernamental puede marcar una gran diferencia para la competitividad de empresas e industrias, tal como lo ilustran la experiencia divergente de América Latina durante el período ISI y los países recientemente industrializados de Asia sudoriental. Además, como argumenta Porter (p. 19): «las diferencias en las estructuras económicas, los valores, las culturas, las instituciones y las historias nacionales contribuyen a su éxito competitivo».

12. Para una excelente contribución sobre la evolución del pensamiento neoliberal, v. Kahler.

13. En ciertas esferas se acoge con gran beneplácito esa convergencia; Kahler (p. 61), p. ej., sostiene que «los conjuntos de ideas polarizadas que se han enfrentado durante gran parte de la época de la posguerra no son orientaciones políticamente viables para políticas estables y exitosas en los países en desarrollo». Entretanto ciertos intelectuales marxistas se oponen resueltamente a tal convergencia, véase Petras/Morley; y Harris.

14. Para algunos escritos claves sobre neoestructuralismo, v. Rosales; Ffrench-Davis; Sunkel/Zuleta; Fajnzylber; Cepal 1990; 1992; Lustig; y Ramos/Sunkel. Para una comparación entre neoliberalismo y neoestructuralismo, v. Bitar; y Sunkel 1994. Para una evaluación crítica del neoestructuralismo, v. C. van der Borgh.

15. Para un análisis del debate sobre la inflación entre estructuralistas y monetaristas, véase Kay (1989, pp. 47-57).